

Elizabeth Jane Howard

Tiempo de espera
Crónicas de los Cazalet

Traducción del inglés de
Celia Montolio

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Prólogo	15
Home Place <i>Septiembre de 1939</i>	17
Louise <i>Enero de 1940</i>	99
Clary <i>Mayo-junio de 1940</i>	138
Polly <i>Julio de 1940</i>	181
La familia <i>Otoño-invierno de 1940</i>	218
Louise <i>Otoño-invierno de 1940</i>	273
Clary <i>Invierno-primavera de 1941</i>	330
Polly <i>Julio-octubre de 1941</i>	344
La familia <i>Otoño-invierno de 1941</i>	365

Para Dosia Verney

William Cazalet ♂ Kitty Barlow
(el Brigada) (la Duquesita)
n. 1867 *n.* 1860

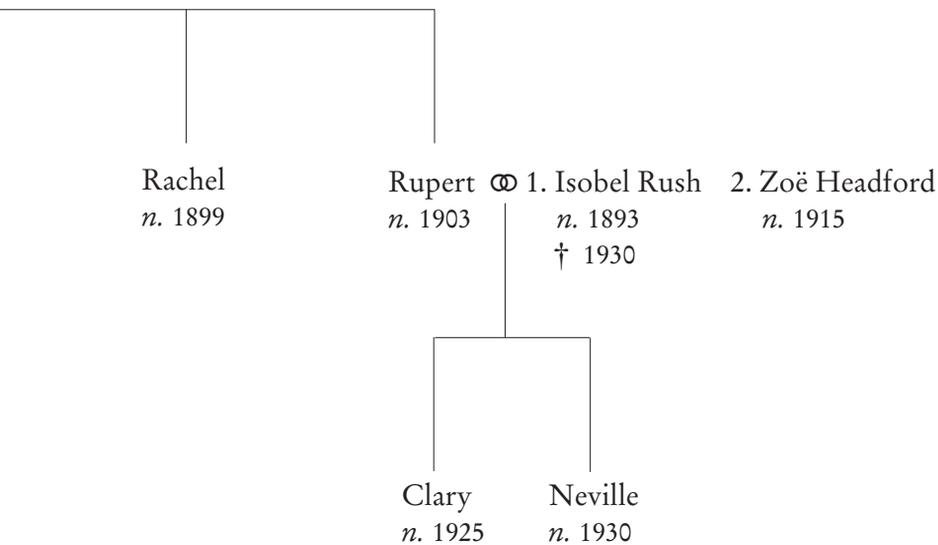
Hugh ♂ Sybil Carter
n. 1896 *n.* 1899

Edward ♂ Viola Rydal
n. 1897 *n.* 1896

Polly Simon William
n. 1925 *n.* 1926 *n.* 1937

Louise Teddy Lydia
n. 1923 *n.* 1924 *n.* 1931

*Árbol genealógico
de la familia Cazalet*



*Las familias Cazalet
y su personal doméstico*

WILLIAM CAZALET (el Brigada)
Kitty Barlow (la Duquesita), su esposa
Rachel, *su hija soltera*

HUGH CAZALET, primogénito
Sybil Carter, su esposa
Hijos:
Simon
Polly
William (Wills)

EDWARD CAZALET, segundo hijo
Viola Rydal (Villy), su esposa
Hijos:
Louise
Teddy
Lydia
Roland (Roly)

RUPERT CAZALET, tercer hijo
Isobel Rush (primera esposa)
Zoë Headford (segunda esposa)
*Hijos de Rupert e Isobel (primera esposa,
falleció en el parto de Neville):*
Clarissa (Clary)
Neville

JESSICA CASTLE (hermana de Villy)

Raymond, su marido

Hijos:

Angela

Christopher

Nora

Judy

Personal doméstico:

Sra. Cripps (cocinera)

Ellen (niñera)

Eileen (doncella)

Peggy y Bertha (criadas)

Dottie y Edie (ayudantas de cocina)

Tonbridge (chófer)

McAlpine (jardinero)

Wren (mozo de cuadra)

Billy (ayudante del jardinero)

Emily (cocinera)

Bracken (chófer de Edward)

Prólogo

Los antecedentes de esta novela que vienen a continuación van dirigidos a todos aquellos que no hayan leído *Los años ligeros*.

William y Kitty Cazalet (el Brigada y la Duquesita para la familia) han cerrado su casa de Londres y ahora viven en Home Place, su casa de Sussex. El Brigada está perdiendo la vista, de modo que cada vez participa menos en la empresa maderera que preside. Tienen tres hijos, Hugh, Edward y Rupert, y una hija soltera, Rachel.

Hugh está casado con Sybil y tienen tres hijos. La mayor, Polly, estudia en casa con su prima y tiene catorce años al inicio de esta novela; Simon tiene trece años y ha empezado a ir al mismo colegio en el que está interno su primo, y William (Wills) acaba de cumplir dos años. El hijo mediano de los Cazalet, Edward, está casado con Villy (Viola Rydal, cuya madre viuda, *lady* Rydal, es toda una sargenta). Tienen cuatro hijos. Louise, de dieciséis años, ha dejado de estudiar en casa con sus primas y ha pasado un trimestre en una escuela de economía doméstica; su hermano Teddy, que es muy deportista, lleva ya dos años en un internado, y Lydia, de ocho años, va a una pequeña escuela diurna. Roland, el bebé, tiene cuatro meses.

El tercer hijo, Rupert, tiene dos hijos de su primera mujer, Isabel, que falleció en el segundo parto: Clary tiene la misma edad que Polly y estudia en casa con ella, y Neville, de ocho años, ha estado yendo a un colegio diurno en Londres. La segunda esposa de Rupert es Zoë, que, a sus veinticuatro años, es doce años menor que él. El matrimonio no tiene hijos.

La hija soltera, Rachel, se dedica a cuidar de su padre, que está casi ciego, y también ayuda a dirigir un proyecto benéfico, el Hotel de los Bebés, que al comienzo de esta novela ha sido trasladado por segunda vez a una casa cercana propiedad del Brigada. Su amiga del alma es Margot Sidney, Sid, que da clases de violín y vive en Londres pero va con frecuencia a Home Place.

La mujer de Edward, Villy, tiene una hermana, Jessica. Está casada con Raymond Castle y tienen cuatro hijos: más primos para los Cazalet. Angela, cuyo primer amor, no correspondido, fue Rupert Cazalet, tiene ahora veinte años y trabaja en Londres; Christopher, de dieciséis años, es un apasionado de la naturaleza y está en contra de la guerra, y Nora, un año mayor que Christopher, ha estado interna en la escuela de economía doméstica con Louise. La menor, Judy, tiene nueve años y estudia en un internado.

Al final de *Los años ligeros*, los Castle heredaron de una tía abuela de Raymond una casa y una discreta suma de dinero que les permitieron mudarse desde su modesto domicilio de East Finchley a Frensham.

La señorita Milliment es la anciana institutriz de la familia: empezó con Villy y Jessica, y ahora da clase a Clary y a Polly.

Diana Mackintosh es, de todas las amantes de Edward, aquella con la que mantiene una relación más seria. Está casada y tiene tres hijos.

A la casa familiar, Home Place, el Brigada ha sumado dos viviendas cercanas que ha comprado y remodelado: Mill Farm, donde se alberga ahora el Hotel de los Bebés, y Pear Tree Cottage, que sirve para acoger a los miembros de las familias Cazalet y Castle cuando ya no caben en Home Place. También son dueños de una casa en Chester Terrace, Londres, que en estos momentos está prácticamente cerrada.

Los tres hijos varones de los Cazalet también tienen casa en Londres. La de Hugh y Sybil está en Ladbroke Grove, donde Hugh, que trabaja en la ciudad, sigue alojándose entre semana. Edward y Villy han estado viviendo en la cercana Lansdowne Road durante el curso escolar. Rupert y Zoë tienen una pequeña casa en Brook Green.

El personal doméstico de los Cazalet es numeroso, pero en esta novela tienen especial protagonismo la señora Cripps, la cocinera; Tonbridge, el chófer; McAlpine, el jardinero, y Billy, su ayudante; Wren, el mozo de cuadra; Eileen, la doncella (todos ellos, de Home Place), y Ellen, la niñera de Clary y Neville, que está más atareada que nunca desde los nacimientos de Wills y de Roland.

Los años ligeros concluía en 1938 con el discurso de Chamberlain después de la Conferencia de Múnich («paz con honor»). *Tiempo de espera* empieza un año más tarde, después de la invasión de Polonia, cuando la guerra es a todas luces inminente e inevitable. Se está evacuando a los niños de las ciudades y todo el mundo está a la espera de que Chamberlain anuncie el resultado del ultimátum inglés.

Home Place

Septiembre de 1939

Alguien había apagado la radio, y, a pesar de que el salón estaba lleno de gente, reinaba un silencio absoluto, un silencio en el que Polly sentía, y casi oía, los latidos de su corazón. Mientras nadie hablase, mientras nadie se moviese, la paz no habría llegado aún a su fin...

El Brigada, su abuelo, fue el primero en moverse. Polly vio cómo, sin romper el silencio, se levantaba poco a poco y se quedaba de pie unos instantes, apoyando una mano temblorosa en el respaldo de la silla a la vez que se pasaba lentamente la otra por los ojos vidriosos. Después, cruzó el salón y besó a sus dos hijos mayores: primero a Hugh, el padre de Polly, y a continuación al tío Edward. Esperaba que besase al tío Rupert, pero no lo hizo. Jamás lo había visto besar a otro hombre, y le pareció una especie de disculpa y de saludo militar. Los besa por lo que sufrieron la última vez que hubo una guerra, pensó, y porque esta no sirvió de nada.

Polly lo vio todo. Vio que el tío Edward intercambiaba una mirada con su padre y le guiñaba un ojo, y que su padre contraía el rostro como si recordase algo a duras penas soportable. Vio a su abuela, la Duquesita, que estaba sentada más tiesa que una vela mirando al tío Rupert con una especie de rabia sombría. No es que esté enfadada con él, es que teme que tenga que irse al frente. Está tan chapada a la antigua que se piensa que los únicos que tienen que combatir y morir son los hombres; no entiende nada. Polly lo entendía todo.

Empezaron a removerse en sus asientos, a murmurar, a encender cigarrillos, a decir a los niños que saliesen a jugar fuera. Se había cumplido el peor de los pronósticos, y todos se comportaban más o menos como lo habrían hecho en caso contrario. Esto era lo que hacía su familia siempre que venían mal dadas. Un año antes, cuando se declaró la paz con honor, le había parecido por unos instantes que estaban distintos, pero no le había dado tiempo a fijarse bien porque de repente, desbordada por el asombro y la alegría, fue como si

le pegaran un tiro. Se había desmayado. «Te quedaste blanca y como ciega, y perdiste el conocimiento. Fue la mar de interesante», había dicho su prima Clary. Esta había incluido el episodio en el «Libro de experiencias» que estaba preparando para cuando fuese escritora. Ahora, Polly notó que Clary la observaba, y justo cuando sus miradas se cruzaban y Polly asentía con un discreto gesto de la cabeza a que se largasen pitando, se oyó el lejano gemido de una sirena y su primo Teddy empezó a gritar: «¡Un ataque aéreo! ¡Caramba! ¡Qué pronto!», y todos se levantaron mientras el Brigada les decía que cogieran las máscaras antigás y esperasen en el *ball* para ir al refugio antiaéreo. La Duquesita fue a avisar a los criados, y la tía Villy y su madre, Sybil, dijeron que tenían que ir a Pear Tree Cottage a por Wills y Roly, y la tía Rach dijo que tenía que pasarse por Mill Farm para ayudar a la enfermera jefe con los bebés evacuados... De hecho, casi nadie siguió las órdenes del Brigada.

—Ya te llevo yo la máscara si quieres coger lo que estás escribiendo —dijo Polly mientras buscaban en el dormitorio las cajas de cartón donde tenían guardadas las máscaras—. ¡Maldita sea! ¿Dónde las metimos?

Seguían buscando cuando volvió a sonar la sirena, esta vez sin gemidos a dos tonos, tan solo con un aullido incesante.

—¡Todo despejado! —gritó alguien desde el *ball*.

—Debe de haber sido una falsa alarma —dijo Teddy; sonaba decepcionado.

—De todos modos, no habríamos visto nada de nada enterrados en ese maldito refugio —argumentó Neville—. Y supongo que sabréis que están usando la guerra como excusa para no ir a la playa; en mi vida he visto nada más injusto.

—¡Mira que eres tonto, Neville! —exclamó Lydia con tono de molestor—. Nadie va a la playa en tiempos de guerra.

Había un ambiente pendenciero, pensó Polly, a pesar de que en el exterior hacía una apacible mañana de domingo; olía a hojas quemadas en la hoguera de McAlpine y todo tenía el mismo aspecto de siempre. Habían hecho salir del salón a todos los niños: los adultos querían tener una conversación seria, y, como es lógico, los que no entraban en esta categoría se lo tomaron a mal.

—Ni que se pasaran el rato contando chistes graciosísimos y partiéndose de risa cuando estamos nosotros —dijo Neville mientras salían en tropel al vestíbulo.

Antes de que nadie pudiese apoyarle ni machacarle, el tío Rupert se asomó a la puerta del salón y dijo:

—Al que no haya encontrado su máscara antigás más le vale ir a buscarla, y a partir de ahora se dejarán todas en la armería. Hala, arreando que es gerundio.

—Detesto que me metan en la categoría de los niños —le dijo Louise a Nora mientras bajaban a Mill Farm—. Se pasan horas y horas organizándonos la vida como si fuéramos simples peones en una partida de ajedrez. Al menos deberían darnos la oportunidad de oponernos a sus planes antes de que sean hechos consumados.

—Hay que seguirles la corriente y después hacer lo que a uno le parezca correcto —respondió Nora.

Y Louise sospechó que se refería a hacer lo que le diese la gana a ella.

—¿Qué harás cuando nos vayamos de la escuela de cocina?

—Yo allí no pienso volver. Voy a empezar a formarme como enfermera.

—¡Ay, no, por favor! Venga, quédate hasta Semana Santa. Después podremos irnos las dos. Odiaría estar allí sin ti. Además, apuesto a que con diecisiete años no te admiten para estudiar enfermería.

—Ya verás como sí —dijo Nora—. Y tú vas a estar bien. Ya no tienes tanta morriña. Lo peor ya lo has pasado. Qué mala pata que seas un año más joven; tendrás que esperar para ser verdaderamente útil. Bueno, así acabarás siendo una cocinera mucho más buena que yo.

—«Mucho mejor cocinera que yo» —la corrigió Louise de manera automática.

—Vale, «mucho mejor». Y serás muy pero que muy útil. Podrías alistarte como cocinera en una de las Fuerzas Armadas.

Una perspectiva nada halagüeña, pensó Louise. En realidad, no tenía el menor deseo de ser útil. Quería ser una gran actriz, algo que, a estas alturas, sabía perfectamente que a Nora se le antojaba una frivolidad. Durante las vacaciones, habían tenido una gran..., en fin, no exactamente una gran pelea, pero sí una gran discusión al respecto; desde entonces, Louise expresaba con cautela sus aspiraciones.

—Las actrices no son necesarias —había dicho Nora, a la vez que concedía que, si al final no había guerra, no tendría tanta importancia lo que hiciera Louise.

Esta había contraatacado cuestionando la utilidad de las monjas (ser monja era la vocación de Nora, aplazada por el momento porque el año anterior había prometido que renunciaría a ella si no esta-

llaba la guerra, y descartada para el futuro inmediato porque lo que se necesitaba eran enfermeras). Pero Nora había dicho que Louise no tenía ni idea de la importancia de la oración ni de la necesidad de que hubiese personas que dedicasen sus vidas a ella. El problema era que a Louise le traía sin cuidado que el mundo necesitase o no actrices; ella solo quería ser actriz. Esto la hacía moralmente inferior a Nora, y convertía la comparación entre los respectivos méritos de sus personalidades en un asunto espinoso. No obstante, Nora siempre se anticipaba a cualquier posible crítica velada dando en el clavo de alguna otra cuestión de mayor alcance y más desagradable. Decía cosas como «Mi problema es la mojigatería», o «Si al final tengo alguna posibilidad de que me acepten de novicia, seguro que mi maldita petulancia me juega una mala pasada». ¿Qué podía contestarle a esto? En realidad, Louise no quería conocerse a sí misma con la espantosa familiaridad de la que Nora hacía gala.

—Si de veras piensas que eres así, ¿cómo lo soportas? —había dicho al final de la discusión, que casi fue una pelea.

—Qué remedio me queda. Pero, al menos, así sé a qué tengo que enfrentarme. ¡Ya estoy otra vez con lo mismo! Seguro que conoces tus defectos, Louise, casi todo el mundo los conoce en su fuero interno. Es el primer paso.

Empeñada en convencer a Nora del mérito de la profesión de actriz, Louise había probado a mencionarle a los más grandes artistas, como Shakespeare, Mozart y Bach (a este lo había añadido astutamente, pues era bien sabido que había sido muy devoto).

—¡No pensarás que vas a ser como ellos!

Y Louise no tuvo más remedio que callar, porque en algún lugar pequeño y recóndito de su ser albergaba la certeza de que, en efecto, iba a ser uno de ellos..., o al menos una Bernhardt o un Garrick (siempre había anhelado los papeles masculinos). La discusión, como todas las discusiones que había tenido en su vida, se quedó sin zanjar, lo cual no hizo sino reafirmarla con más tenacidad en lo que quería, y a Nora en su empecinamiento de que no lo quisiera.

—¡Te pasas la vida juzgándome! —se lamentó Louise.

—Y tú a mí también —había sido la respuesta de Nora—. Las personas se juzgan las unas a las otras. Además, no tengo claro que esto sea juzgar, exactamente; más bien se trata de comparar a una persona con un patrón. Yo siempre me estoy comparando —había añadido.

—Y, por supuesto, siempre das la talla.

—¡Por supuesto que no!

La inocente vehemencia de su protesta silenció a Louise.

Y entonces, mientras se fijaba en las pobladas cejas de su prima y en los tenues pero inequívocos indicios de un bigotillo en su labio superior, se dio cuenta de que se alegraba de no parecerse a Nora, lo cual no dejaba de ser un juicio en toda regla.

—Te considero mucho mejor persona que yo —había dicho Nora, sin añadir que aun así prefería ser la que era.

—Sí, supongo que podría trabajar de cocinera en algún sitio —dijo Louise mientras enfilaban el camino de Mill Farm, donde habían estado viviendo hasta hacía dos días.

El viernes por la mañana habían dado orden a todos sus habitantes de mudarse a las casitas nuevas del Brigada, reconvertidas ahora en una casa bastante grande que habían bautizado con el nombre de Pear Tree Cottage en honor a un peral antiquísimo que había en el jardín. Tenía ocho dormitorios, pero, una vez decidido que había de alojar a Villy y a Sybil —además de a Edward y a Hugh los fines de semana—, también a Jessica Castle, que estaba, como todos los años, de visita con Raymond (ausente en estos momentos porque había ido a Londres a recoger a la señorita Milliment y a *lady* Rydal), solo quedaba sitio para Lydia, Neville y los bebés Wills y Roland.

El traslado a Pear Tree Cottage les había llevado todo el día; a los niños mayores los habían alojado en Home Place, donde también estaban cómodamente instalados Rupert y Zoë, además de las tías abuelas y Rachel. El sábado habían llegado los del Hotel de los Bebés: veinticinco bebés, dieciséis estudiantes de Enfermería, la enfermera jefe y la hermana Crouchback. Habían llegado en dos autobuses, uno conducido por Tonbridge, y el otro por Sid, la amiga de Rachel. A las enfermeras les tocaba dormir en la pista de *squash*, que había sido equipada con tres inodoros portátiles y una ducha que funcionaba a regañadientes. La enfermera jefe y la hermana Crouchback ocuparon Mill Farm con los bebés y con un grupo de estudiantes de Enfermería que se turnaban para ayudar por las noches. El sábado por la tarde, Nora había sugerido que Louise y ella fuesen a hacerles la cena a las enfermeras, oferta que Rachel agradeció de corazón porque llevaba en pie desde el alba y estaba derrengada por el esfuerzo de convertir la pista de *squash* en un lugar donde la gente pudiese no solo dormir, sino también guardar sus pertenencias. Pero cocinar allí resultó ser una empresa ímproba, ya que los utensilios de cocina de Mill Farm estaban ahora en Pear Tree Cottage y el camión de la firma Cazalet que traía

los enseres del Hotel de los Bebés se había perdido y no apareció hasta las nueve de la noche. Tenían, pues, que preparar la cena en Pear Tree Cottage, de modo que Villy las llevó en coche hasta allí, junto con las vituallas. Esto supuso cocinar bajo la mirada casi ofensivamente condescendiente de Emily, en cuya opinión, como no podía ser de otro modo, las señoras y su prole no eran más que unos negados que no sabían ni cocer un huevo; además, se mostraba poco dispuesta a decirles dónde estaban las cosas, por el doble motivo de que con tanto revuelo no sabía dónde tenía la cabeza y de que, en cualquier caso, no quería que le tocasen nada. Louise tuvo que reconocer que Nora tenía un tacto maravilloso y que parecía inmune a los desaires. Hicieron dos enormes pasteles de carne y patata, y Louise preparó una hornada de auténticos bollitos de Bath porque acababa de aprender a hacerlos y se le daban especialmente bien. La cena había sido acogida con calurosas muestras de agradecimiento, y la enfermera jefe había dicho que eran «un par de campeonas».

Cuando llegaron a la casa oyeron llantos de bebés. Nora dijo que, entre la alarma antiaérea y el traslado al refugio que había mandado construir el Brigada, la siesta mañanera se les debía de haber interrumpido. «La verdad es que, como haya ataques aéreos nocturnos, no sé cómo van a llegar a tiempo las enfermeras al refugio desde la pista de *squash*», añadió. Louise se imaginó bombas cayendo de la nada en medio de la oscuridad y se estremeció. ¿Serían capaces los alemanes de semejante cosa? Más bien pensaba que no, pero no dijo nada porque en el fondo no quería saberlo.

La enfermera jefe y la tía Rach estaban en la cocina. La tía Rach, sacando avíos de cocina de cajas de madera; la enfermera, sentada a la mesa, haciendo listas.

Una estudiante distribuía leche en polvo que iba sacando de una enorme lata de Cow and Gate mientras otra esterilizaba biberones en el fogón con dos cacerolas. Se respiraba el ambiente de buen humor que a menudo reina en medio de una crisis.

—A la fuerza ahorcan —estaba diciendo la enfermera jefe.

Tenía el rostro de la reina Victoria en versión campestre: los mismos ojos saltones azul claro y la misma naricilla aguileña, aunque, en su caso, los mofletes en forma de pera parecían, por su color, macetas agrietadas por venitas rotas. La figura, en cambio, era clavada a la de la reina María, eduardiana y rechoncha. Llevaba un vestido de manga larga de sarga azul marino, un crujiente delantal blanco y una cofia con velo almidonado.

—Hemos venido a ayudar con el almuerzo —comunicó Nora.

—Sois unos cielos —dijo la tía Rachel—. En la despensa hay comida, pero la verdad es que no la he organizado. Por algún sitio debe de haber un jamón, creo, y Billy trajo lechugas.

—Además están las ciruelas pasas que la hermana puso anoche en remojo —apuntó la enfermera—. Quiero que mis chicas se tomen las ciruelas... Así se ahorra un dineral en jarabe de higo.

—Pero habrá que cocerlas —dijo Nora—. No sé si se enfriarán a tiempo para el almuerzo.

—A buen hambre no hay pan duro —dijo la enfermera jefe enganchándose la estilográfica en la pechera del delantal, que crujió mientras se levantaba.

Louise dijo que se encargaría de cocer las ciruelas.

—No apartes aún los biberones del fuego. Me apuesto un ojo a que todavía no han pasado los veinte minutos. ¿Qué sería de nosotras, señorita Cazalet, sin nuestras pequeñas ayudantas? ¡Ay, no haga eso, señorita Cazalet; se va a herniar!

Rachel renunció a quitar de en medio una caja de madera y se dejó ayudar por Nora. Empezaron a llorar más bebés.

—El señor Hitler nos ha descabalado la rutina. Como siga así, voy a tener que mandarle a un agente de policía. ¡Un ataque aéreo por la mañana; a quién se le ocurre! Pero, en fin, qué le vamos a hacer... ¡es hombre! —Suspiró—. Voy a ver si la hermana tiene algo que añadir a esta lista..., aunque, ahora que caigo, es domingo, ¿no? No habrá nada abierto. Bueno, mejor tarde que nunca —dijo mientras se alejaba con paso majestuoso hasta la puerta, donde a punto estuvo de chocar con una estudiante que cargaba con dos cubos de pañales humeantes.

—Mira por dónde vas, Susan. Y sácalos fuera cuando los pongas en remojo, que, si no, no va a haber quien pruebe bocado en la cena.

—Sí, señora.

Todas las estudiantes llevaban vestidos de algodón a rayas blancas y malva de manga corta, y medias negras.

—Anda a llamar a Sid, tesoro, hazme el favor —dijo la tía Rachel—. Hay que sacar de la cocina la mayor cantidad posible de cajas antes de que vengan a comer las enfermeras. Está arriba, preparando el apagón.

El oscurecimiento de todas las ventanas de las tres casas y de las dependencias anexas, incluido el tejado de la pista de *squash*, llevaba

ocupando ya varios días al Brigada, que había puesto a Sid y a Villy a construir armazones de madera a los que se les pudiese clavar la tela opaca. A Sybil, Jessica y la Duquesita, que tenían máquinas de coser, les tocó hacer cortinas para aquellas ventanas que no admitían armazones, y Sampson, el capataz, había prestado una escalera muy alta para que el mozo del jardinero pintase el tejado de la pista de *squash*. Sin embargo, el mozo no había tardado en caerse y había ido a parar a un enorme depósito de agua: una suerte inmerecida, había dicho el señor McAlpine, que quitó importancia al brazo roto de Billy y a sus dos dientes de menos tachándole de caradura. Así pues, le habían encasquetado a Sampson el tejado de la pista, que, al venir a sumarse a tantas cosas más, seguía prácticamente igual el sábado por la mañana, cuando estaba prevista la llegada de los del Hotel de los Bebés. A Teddy, Christopher y Simon los engancharon para que ayudasen a uno de los obreros de Sampson con el andamiaje y pintasen después de verde oscuro el cristal inclinado, mientras en el interior, sofocante y cada vez más oscuro, Rachel y Sid montaban catres, y Lydia y Neville no perdían ripio desde la galería, enfurruñados (se suponía que hacían de mensajeros, pero estaban desilusionados porque la tía Rachel casi no les daba mensajes que entregar). Aquel sábado, todos arrimaron el hombro menos Polly y Clary, que se escabulleron a primera hora a Hastings en el autobús...

— ¿A quién le has pedido permiso?

— Pedir pedir, no se lo he pedido a nadie. Se lo he dicho a Ellen.

— ¿Le has dicho que yo también iba?

— Sí. Le he dicho: «Polly quiere ir a Hastings, así que voy a acompañarla».

— Tú también querías ir.

— Pues claro; si no, no estaría aquí, digo yo.

— Bueno, y entonces ¿por qué no has dicho que las dos queríamos ir?

— No se me ocurrió.

Esta era Clary en su faceta más escurridiza, que a Polly no le gustaba, pero sabía por experiencia que decírselo solo servía para provocar una bronca, y, si aquel iba a ser el último día de paz, no quería estropearlo con broncas ni nada por el estilo.

Sin embargo, por alguna razón, no fue un buen día. Polly quería que lo que iban a hacer la fascinase tanto que no pudiera pensar en lo que podría ocurrir. Fueron a Jepson's, una tienda que habitualmente le encantaba, pero, al ver que Clary tardaba siglos en elegir una pluma estilográfica (en parte, el objetivo de la excursión era

gastar el dinero que le habían regalado a esta por su cumpleaños), se impacientó y se enfadó porque su prima pudiese tomarse tan en serio un asunto tan trivial.

—Al principio siempre chirrían y están duras —dijo—. Sabrás que el plumín, para que vaya bien, hay que usarlo.

—Ya lo sé. Lo que pasa es que, si compro un plumín que ya sea ancho, lo más probable es que se vuelva demasiado ancho, y el mediano no tiene pinta de que vaya a estar bien nunca.

Polly miró al dependiente. El joven, que vestía un traje raído y con brillos, estaba observando a Clary mientras esta chupaba cada plumín antes de mojar la pluma en un tintero para garabatear su nombre en unos papelitos que había sobre el mostrador. No parecía impaciente, sino solo aburrido. Por lo demás, daba la impresión de que fuera su expresión habitual.

Estaban en la sección de papelería de la librería, que era un páramo, la verdad, ya que solo vendían papel de cartas, estilográficas y lapiceros, y no imprimían más que papel timbrado, tarjetas de visita e invitaciones de boda.

—Es importantísimo chupar los plumines nuevos antes de usarlos —decía Clary—; supongo que se lo dirá usted a los clientes. ¿Podría probar la Waterman, esa granate, solo para ver qué tal?

Costaba doce chelines y seis peniques, y Polly sabía que no la compraría. Mientras Clary probaba una estilográfica tras otra, se puso a observar al joven, que al poco rato dejó la mirada perdida en el vacío. Seguro que estaba preocupado por si estallaba la guerra.

—¿Qué es lo que se ve? —le preguntó Polly—. Con los ojos de la imaginación, quiero decir.

—No tengo imaginación cuando estoy probando estilográficas —dijo Clary, irritada.

—No te lo he preguntado a ti.

Ambas miraron al dependiente, que carraspeó, se atusó el engominadísimo cabello y dijo que no sabía a qué se refería.

—No me extraña —dijo Clary—. Me llevo la mediana.

—Son siete con seis —dijo él.

Y Polly se percató de que quería quitárselas de encima.

Una vez fuera, se enzarzaron en una pequeña bronca sobre lo que según Clary había sido una metedura de pata por parte de Polly.

—En el mejor de los casos, pensó que lo estabas tratando con condescendencia —dijo.

—Pues no.

—Pero eso pensó él.